



DESFILADEROS DE LA CORUÑA.

El aspecto generalmente áspero é inculto de la España es debido en gran parte á sus numerosas montañas. Cinco grandes cordilleras le atraviesan de Este á Oeste, y están ligadas entre sí como mallas que la envuelven por decirlo así en una red de rocas y colinas hasta tal punto que apenas se encuentran algunas llanuras, y estas situadas en el interior del país.

Si esta disposición topográfica de la España impide la facilidad de comunicación, aísla los habitantes y entorpece el gran movimiento de nuestra civilización moderna, le da por otra parte ventajas de muy grande consideración, porque templá el excesivo calor de su clima y facilita las corrientes de agua que fecundiza sus valles. Las montañas no han sido menos útiles á los españoles bajo el aspecto político, pues que en ellas han encontrado un baluarte para la independencia nacional: las de Asturias detuvieron como es bien sabido la invasión de los árabes, y Pelayo fundó en ellas su pequeño reino de Oviedo que reconquistó después la península entera.

Dos cosas sorprenden principalmente en las largas cordilleras que atraviesan la España: los edificios y los caminos. El que ha visto las alquerías de los Alpes y los caminos rústicos abiertos á lo largo de las pendientes por los aldeanos suizos, se admira singularmente de esas blancas y elevadas casas de la España que siempre se asemejan desde lejos á las torres de un castillo, y de esos arrecifes de piedra atrevidamente contruidos al borde de los precipicios. El aire árabe y la forma militar dominan en esta perspectiva, que no solo revela como los paisajes de los Alpes una población inteligente é industriosa por naturaleza, sino que también la civilización poderosa de un pueblo guerrero.

Esta apariencia pierde mucho de su grandeza al aproximarse: lo que parecía de lejos una ciudadela feudal, no es muchas veces mas que una posada ó un cortijo: el sendero que diseñaba sobre las cum-

bres sus atrevidas líneas, es apenas practicable por falta de sostenimientos, y se descubre por todas partes al examinarles un peligro tanto mas inevitable cuanto parece que se ignora á sí mismo. En España, el país ha guardado, como los individuos, una especie de actitud magestuosa que engaña: desde lejos no se vé mas que la capa y la espada; pero al acercarse se distingue el orin y los andrajos. Estamos, por desgracia, muy lejos de aquel tiempo en que un geógrafo podia escribir. «No hay príncipe alguno en el mundo que posea tantos estados como el rey de España, de manera que puede llamarse con justicia el propietario mas grande del universo; sus estados se encuentran dispersos en Europa, América, Africa y Asia. Algunos de sus predecesores se han gloriado de que el sol no se ponía nunca en sus estados, y en algunas cartas que en el siglo pasado les han dirigido los reyes de Persia, se vé: Al rey que tiene al sol por sombrero.» *El mundo ó la geografía universal* por Duval, geógrafo del rey, 1670.

EL DOCTOR D. ANDRÉS PIQUER.

Cuando la medicina española, participando de la decadencia á que llegaron las ciencias en España á fines del siglo XVII, yacia todavía en la mayor postración á principios del siguiente, entre los profesores que emprendieron su restauración debe contarse el doctor D. Andrés Piquer, reputado justamente entre los primeros médicos de su siglo.

Nació este célebre profesor en el lugar de Fórnoles, de la diócesis de Zaragoza, el 6 de noviembre de 1714, y fueron sus padres D. Jacinto José Piquer, sugeto de distinguida calidad, y doña María Arru-

15 DE ABRIL DE 1854.

fat: aquel natural de la villa de Cerollera, en el reino de Aragón, y ésta del lugar de Herbés. Tuvo D. Jacinto varios hijos, á los que procuró educar cuidadosamente y dar carrera acomodada á la inclinación de cada uno: dos de ellos se dedicaron al estudio de la medicina, siguiendo el ejemplo de algunos de sus ascendientes, que fueron D. Cosme y D. Andrés.

Estudió este último las primeras letras en su patria, la latinidad en la Fresneda con un preceptor muy docto en las reglas gramaticales, pero de cortos conocimientos en la literatura latina, por lo que D. Andrés tuvo despues que aprenderla con el manejo de los buenos autores. Pasó luego á cursar filosofía á la ciudad de Valencia (donde á la sazón se hallaba ya ejerciendo la medicina su hermano D. Cosme) á la edad de 16 años; pero siendo la filosofía que allí, como en todos los establecimientos literarios, se enseñaba, la peripatética, con que al cabo de tres años salían sin saber otra cosa que disputar sobre vaciedades, D. Andrés, con su buen juicio, facultad que poseyó en grado eminente, conoció pronto lo mucho de fútil y vano que contenía cuanto le habían enseñado; y así, concluido el curso de filosofía, se entregó al estudio de los filósofos antiguos y modernos que mas sólidamente han tratado esta ciencia.

Comenzó en 1750 á cursar medicina en la misma universidad, y concluidos los años de instituciones se graduó de bachiller en las facultades de filosofía y medicina en 1754. Poco menos afortunado fué en el estudio de esta que de aquella, pues la mayor parte de los catedráticos que enseñaban la medicina en aquel tiempo eran ciegos partidarios de la doctrina galénica, y reproban altamente los conocimientos modernos, por lo que D. Andrés, así que salió de las aulas, tuvo que aprender privadamente todo lo que faltaba á la enseñanza de la universidad. Dedicóse, pues, con el mayor empeño al estudio de la medicina, sin aflojar por eso en sus tareas filosóficas, y ademas estudió su aplicación á las matemáticas, á las lenguas y á la erudición, y este fué siempre el único entretenimiento y el único placer que gozaba en las horas que siendo ya médico le permitía el ejercicio de su profesion, bien persuadido que sin estos conocimientos auxiliares no se puede adelantar mucho en las ciencias.

Apenas hubo concluido su carrera cuando principió á darse á conocer en varias oposiciones y concursos literarios, demostrando sus talentos y la ventaja que hacia á los que habían desatendido los buenos estudios. La primera vez que se presentó en público fué en la oposición que hizo en el hospital de Valencia en 1754 á la plaza que llamaban de bachiller. En ella mereció un general aplauso; pero, como sucede generalmente en estos concursos, no le dieron la plaza, por lo que el canónigo D. José Castelví, uno de los vocales, le regaló en compensación el costo de grado de doctor, ya que no podía darle el empleo á que le juzgaba acreedor de justicia.

Recibió, pues, la boria á principios de mayo de 1754, y posteriormente hizo otras oposiciones en el mismo hospital y en la universidad, donde á poco tiempo fué nombrado académico público de medicina por el claustro de ella. Entonces comenzó á introducir el conocimiento de los autores modernos, y procuró mejorar el gusto de los estudios médicos, para cuyo fin compuso y publicó en 1755 la obra titulada *Medicina vetus et nova*, en que se propuso demostrar que de los antiguos y de los modernos se ha de sacar la verdad, sin sujetarse á secta médica alguna. Esta obra mereció muchos elogios, y la Academia médica de Madrid, en vista de ella, le nombró su individuo honorario en 1759.

El ayuntamiento de la ciudad de Valencia, como patrono de aquella escuela, dió á D. Andrés la cátedra de anatomía en 1742, despues de una oposición muy concurrida, y desde entonces comenzó á adoptar el sistema del mecanismo, como mas conforme que el galénico con los principios de filosofía que había adquirido en la lectura de los autores modernos.

Aumentábase de dia en dia el ventajoso concepto de los grandes conocimientos de D. Andrés, y el crédito de práctico consumado que debía al estudio de los padres de la medicina Hipócrates, Galeno, Aretico, etc., cuyas observaciones juntaba á las de los modernos y á las propias, prescindiendo de todo sistema. Movida la ciudad del mérito de D. Andrés, le nombró su médico titular en 1742, y le confió varias comisiones para contener algunas epidemias en diferentes lugares del reino de Valencia.

Para que sus discípulos se instruyesen en la filosofía moderna, se dedicó á escribir algunas obras de esta ciencia en lengua castellana; y así en 1743 publicó en un tomo la *Física moderna racional y experimental*, que dedicó á D. Blas Jover, ministro del real y supremo consejo de Castilla, y fiscal de Cámara. Quiso D. Andrés añadir á este tomo otro segundo para que en los dos se hallase cuanto necesitan saberlos que se dedicaran al estudio de la medicina, y aun despues pensó tambien refundir y perfeccionar esta obra, pero no llegó á ejecutar este pensamiento. Con el mismo objeto de instruir á sus discípulos escribió la *Lógica moderna, ó arte de hallar la verdad y perfeccionar la*

razón, cuya obra dedicó al Sr. D. José de Carvajal y Lancaster, primer secretario de estado y del despacho.

Luego que salió la Física se divulgó por Valencia una carta anónima en la cual se reprendían algunas voces que había usado el autor, y al de la carta no le parecían castellanas. Don Andrés contestó imprimiendo las *Cartas apologeticas por la Física moderna*. No se dió respuesta á este escrito, y quedó así esta contienda; pero se le suscitó á D. Andrés otra sobre calificar la enfermedad que padecía un escribano de Valencia, la que dió ocasión á que se publicasen varios escritos, así por parte de D. Andrés como de sus contrarios, que eran catedráticos de la universidad. Don Andrés trató de cortar esta controversia que se iba prolongando mucho, con el papel que imprimió titulado: *Noticias del parnaso sobre los escritos del doctor Nicolau, comunicadas por D. Matías de Llanos, cirujano latino, al doctor Andrés Piquer, en carta de 2 de julio de 1748*.

En 1751 recibió D. Andrés una carta del marqués de la Ensenada para que fuese á servir el empleo de médico de cámara supernumerario, y al punto de haber llegado á Madrid se le comunicó que su destino era estar de prevención por si á S. M. se le ofrecía llamarle en alguna ocasión para su asistencia. En el año siguiente le hizo el rey la gracia de proto-médico, y en la carta-orden de aviso se le comunicó que sirviese el empleo de vice-presidente de la real Academia médica de Madrid.

Siendo juez y censor del proto-medicato, procuró la reforma de los exámenes y el buen orden en algunos particulares pertenecientes al gobierno de aquel tribunal, sobre lo cual dejó algunos manuscritos curiosos, como tambien algunos dictámenes que el proto-medicato había de dar á varias consultas del gobierno sobre asuntos de su inspección.

Aconsejado de algunos amigos que deseaban hubiese en nuestro idioma una obra de Filosofía Moral cuya falta se notaba, compuso y publicó en 1753 la que lleva este título, la cual fué aplaudida generalmente y bien recibida como útil para instrucción de la juventud, á quien la dedicaba su autor. Sin embargo, no faltaron algunos que llevaron á mal su filosofía tanto en materias teológico-morales, y que para comprobación de ellas se citasen autores gentiles. Quiso D. Andrés satisfacer á esta censura parto de lo ignorancia, y dió á luz dos años despues un escrito con este título: *Discurso sobre la aplicación de la Filosofía á los asuntos de religion*, el cual mereció la aprobación de los sabios, pero no le faltaron algunos impugnadores, á los cuales no quiso responder su autor porque creía que era perder el tiempo tratar de satisfacer á tales censores.

En el mismo año que publicó D. Andrés este discurso, principió á dar á luz las obras de Hipócrates mas selectas con el testo griego y latino, puesto en castellano é ilustrado con las observaciones prácticas de los antiguos y modernos.

En 1758 fué llamado don Andrés para asistir á la reina doña María Bárbara de Portugal que se hallaba en Aranjuez, á donde pasó juntamente con el doctor D. José Suñol, primer médico de cámara. La reina falleció de aquella enfermedad en 27 de agosto, y don Andrés se restituyó á Madrid; mas por el mes de noviembre tuvo otro aviso para ir á Villaviciosa á celebrar una consulta con los demas médicos que residían su palacio sobre las dolencias que padecía el rey D. Fernando VI, y luego se tornó á Madrid. A pocos dias volvió á ser llamado para permanecer en el sitio y continuar en la asistencia del rey con los demas médicos, la que duró por espacio de mas de ocho meses hasta que falleció el rey en 10 de agosto de 1759. Sobre la enfermedad de este monarca escribió un discurso que fué una de las mejores producciones que dejó manuscritas.

En 1760 asistió D. Andrés á la reina doña María Amalia de Sajonia, gravemente enferma en el Buen Retiro, juntamente con los demas médicos de cámara, y los de la reina madre doña Isabel Farnesio; mas á los quince dias falleció aquella señora con gran sentimiento de toda la nación.

En 1768 leyó en Academia médica un discurso refutando el sistema del mecanismo, el cual no dejó de causar estrañeza á algunos académicos, así por la reprobación de él, siendo como era tan seguido en toda Europa, como porque el mismo D. Andrés lo había adoptado en su juventud, y enseñándolo á sus discípulos cuando regentaba la cátedra de la Universidad de Valencia; pero esta conducta de don Andrés es su mayor elogio, que desechó sinceramente, movido de su grande amor á la verdad, lo que por falta de estudio y de esperiencia había abrazado en su juventud sin la debida madurez.

En 1770 fué nombrado por el consejo de Castilla, uno de los censores en el concurso de oposición á las cátedras de filosofía moral, lógica y física que se habían fundado en san Isidro de Madrid, y el año siguiente cuando se hallaba ocupado en esta comisión, fué llamado para asistir al infante D. Francisco Javier de Borbon que se hallaba en Aranjuez y padecía viruelas, á cuya violencia sucumbió al octavo dia de su enfermedad.

En este año reformó D. Andrés la primera edición de su lógica, é hizo otra edición de ella por la falta que habia de ejemplares. Este fué su último escrito; porque á fines de 1774 se le agravaron mucho sus males, y á mediados de enero del año siguiente se sentia muy delicado del pecho con tos continua que le duró algunos dias, hasta que el 30 del mismo mes le sobrevino una calentura muy aguda con gran postracion de fuerzas, manifestándose un catarro pulmonal. A vista del peligro que amenazaba su vida, recibió los Sacramentos con muestras de gran devocion y espíritu religioso, virtudes que siempre brillaron en todas sus acciones y escritos, y falleció el dia quince de su enfermedad, 3 de febrero de 1772, á los 60 años, dos meses y 22 dias de edad. Fué sepultado, segun lo habia dispuesto, en el convento de PP. Agustinos descalzos de Madrid, donde se le puso una lápida, cuyo epitafio compuesto por su erudito amigo D. Gregorio Mayans, dice así:

D. O. M. S.

*Hic requiescit corpus
Andraeae Piquerii archiatri
Pietate, doctrina, scriptis
clarissimi.*

*Vixit annos LX, menses II, dies XXII
Obiit III nonas februarias
Anni MDCLXXII.
Patri optimo
Filii gratissimi PP.*

La Universidad de Valencia honró la memoria de un catedrático que tanto se habia esmerado en la enseñanza, celebrándole unas solemnes exequias, en las cuales pronunció la oracion fúnebre en latin el catedrático de prima de medicina el doctor D. Vicente Adalid, disci-

pulo que habia sido de D. Andrés, y despues se colocó su retrato, segun costumbre, en el teatro de aquella universidad, que tributaba entonces este honor á los hombres eminentes en virtud y letras.

Tuvo don Andrés varios hijos, de los que solo tres le sobrevivieron, habidos en su esposa doña María Vicenta Noguera, hija del doctor D. Miguel Noguera, uno de los médicos mas acreditados de Valencia, con la que habia contraido matrimonio en 1756. A pesar de sus cargos, comisiones y tareas literarias y ejercicio de su profesion, nunca descuidó el gobierno de su casa y familia, ni la educacion de sus hijos, á cuyo deber no creyó podia faltar por mas ocupado que estuviese, conducta que no suelen imitar los hombres de negocios y de letras.

Era D. Andrés Piquer de mediana estatura, de agradable semblante, y de temperamento melancólico, el cual le ocasionó desde niño muchas indisposiciones de estómago, lo que contribuyó á que toda su vida fuese muy moderado en el uso de los alimentos. Fué dotado de singular ingenio y de talento, de tenaz memoria, y de juicio sólido y recto. Su trato era agradable, y su conversacion amena é instructiva. Inclinado por temperamento y por educacion al estudio y á la virtud, la observacion de las obras admirables de la naturaleza fueron siempre su distraccion y recreo, teniendo por máxima, que la lectura y la instruccion son el alimento del alma como los manjares lo son del cuerpo.

Desde el tiempo de este célebre médico, la ciencia que profesó ha visto levantarse y caer no pocos sistemas y teorías, y ha hecho á la vez grandes y admirables adelantamientos; pero nada de esto ha podido empañar la fama del doctor Piquer que será siempre celebrado á par de los Sedenham, Valles, Duret, Laguna, Tozzi, Boherave y Pinel, y Broussais.

LUIS MARIA RAMIREZ LAS CASAS-DEZA.



Plessis-les-Tours.

LA SIGEA, NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO II.

La academia de la infanta doña María.

No hallamos medio de empezar este capítulo sin interrumpir la

lectura de un poema que está leyendo Luisa Sigea en el gabinete de la infanta doña María.

La infanta doña María era en Lisboa la única dama que prestaba atencion á los literatos en el siglo décimosesto, y por eso en torno de ella se agrupaban todas las celebridades así del reino como estrangeras.

Se hallaba la infanta doña María en lo mas hermoso de su juventud, y en lo mas brillante de su talento.

Dice una apreciable escritora inglesa que nada hay mas difícil de hallar que una literata que no sea fea ni vieja. Efectivamente, parece

que las letras dan á los rostros femeniles el barniz de la fealdad y de la vejez. Parece que la naturaleza se complace en castigar la ambición de las mugeres eruditas, marchitando en flor sus encantos y haciéndolas ridículas desde que se hacen sabias. La mayor parte de las celebridades inglesas llevaron peluca y anteojos desde los 25 años. Una francesa hubo que á los 20 se quedó sin dientes y sin pestañas. Algunas como *Jorge Sand* se salvan por la transformación del sexo, pareciendo lindos muchachos. Muy pocas son las que pueden conservar el adjetivo de *lindas mugeres*. Este privilegio lo tuvieron, no obstante, en el siglo XVI dos ilustres literatas: la infanta doña Maria, y Luisa Sigea. *Lirio é rosa de candura* llamaban á la infanta precisamente cuando se hallaba estudiando latin, y presidiendo con su corte de damas la única academia literaria que como hemos dicho habia por entonces en la corte de Portugal.

¡Oh! era preciso ser muy bella, muy graciosa, y muy sencilla para presidir como la infanta á un certamen de doctores, de sabios, de poetas y de pedantes sin escitar la risa.

Discipula del docto Agustino Suarez y del venerable obispo de Coimbra, era doña Maria muy entendida en el conocimiento de la filosofía y de la sagrada escritura; pero ambicionaba poseer una basta erudicion, y para dedicarse al estudio de las lenguas doctas, habia hecho venir á su corte á la literata Luisa Sigea.

Dos veces á la semana admitia en sus salones á las gentes de letras, y precisamente esta noche se hallaban mas que nunca concurridos. Asistian entre otros caballeros el obispo de Agdas, embajador de España, dos prelados portugueses de reconocida sabiduría, el célebre Juan de Barros, D. Francisco Saa de Miranda, Jorge Montemayor, D. Hernando de Acuña, Luisa Sigea, y un gran número de nobles damas.

Habíanse discutido los puntos mas difíciles del arte, y se habia puesto en tortura el ingenio para que confesase cada cual sus pecados, de poesia cuando llegó su turno á la escritora de Toledo. Leía esta, como decíamos, el primer canto de su poema describiendo á Cintra (1) cuando hemos empezado este capítulo interrumpiendo sus octavas. El lector ha debido oír claramente los versos del poema, y damos por supuesto que aplaude y la invita á continuar. Pero la Sigea se ha turbado, y todos los ruegos de los poetas no pueden conseguir que prosiga la lectura. ¡Qué diablo! ¿Quién habia de evitar que el capítulo 2.º viniese á interrumpir un poema? ¡Malditos versos que no dejan lugar á la prosa! ¡Es mucha impertinencia esta de los consonantes!

Al mismo tiempo que nosotros ha entrado en el salon de la princesa D. Mariano Enriquez, el caballero español que visitó á la Sigea esta mañana; el amante de la estatua para explicarnos de una vez.

Saluda profundamente á S. A., hace á los demas una ligera inclinacion, y escoje para sentarse el sitio mas apartado.

Miranda insistia en que la española habia de continuar la lectura del poema, pero oida su negativa dijo:

—Si la ilustrisima señora no prosigue, y S. A. me da permiso leeré mi égloga castellana.

—Y yo unos versos que he escrito á un buen caballero y mal poeta, añadió D. Hernando de Acuña con una graciosa sonrisa.

Leyó el clásico Lusitano su égloga á Nemoroso, que duró cinco cuartos de hora y cuya conclusion fué:

.....
Pelayo. (2)
Suso, Suso, á cantar sin mas escusa.
Salicio.
Taña Bras, yo diré de Laso nuestro
con buen ayuda suya y de las musas
Con grande perdon suyo y grande nuestro.

Enjugó el clásico Lusitano el sudor que corria por su frente, y el auditorio fatigado se entregó al reposo que tanto habia menester. Los semblantes de los caballeros revelaban el disgusto y la impaciencia; los de las damas el tedio. Pero levantóse D. Hernando de Acuña y desdoblando un papel, leyó lo siguiente:

A un buen caballero, y mal poeta. (3)
De vuestra torpe lira
ofende tanto el son que en un momento
mueve al discreto á ira
y á descontentamiento:
á vos solo señor os dais contento.
Yo en ásperas montañas,
no dudo que tal canto endureciese.

(1) Obras de Luisa Sigea.

(2) Poesias de D. Francisco Saa de Miranda. Biblioteca de Lisbon.

(3) Poesias de D. Hernando de Acuña. Parnaso Español.

las fieras alimañas
ó á risa las moviese,
si natura el reir las concediese.

Y cuanto habeis cantado
es para echar las aves de su nido;
y el fiero Marte airado,
mirándoos, se ha reido
de veros tras Apolo andar perdido.

¡Ay de los capitanes,
en las sublimes ruedas colocados,
aunque sean Alemanes,
si para ser loados
fueran á vuestra musa encomendados!

¡Mas ay, señor, de aquella,
cuya beldad de vos fuere cantada!
qué vos dareis con ella
do verse sepultada
tuviese por mejor que ser loada.

Que vuestra musa sola
basta á secar del campo la verdura,
y al lirio y la viola
do hay tanta hermosura,
estragar la color y la frescura.

¡Triste de aquel cautivo
que á escucharos señor, es condenado!
que está muriendo vivo,
de versos enfadado,
y á decir que son buenos es forzado.

¿Pues qué podrá decirse
de quien de versos llenos de aspereza
no quiere arrepentirse,
y para tal dureza
anda sacando fuerzas de flaqueza?

Señor, unos dejaron
fama en el mundo por lo que escribieron,
y de otros se burlaron,
que en obras que hicieron
ageno parecer nunca admitieron.

Palabras aplicadas
podrían ser estas á vuestra escritura;
pero no señaladas,
porque es en piedra dura,
y ya vuestro escribir no tiene cura.

Las bocas de los concurrentes estallaron unánimes en una explosion de risa. Solo Miranda conservó su gravedad no habiendo entendido la alusion, y preocupado en juzgar si la obra se hallaba arreglada á los preceptos clásicos. Hizo notar á D. Hernando de Acuña que en el segundo verso de la quinta estrofa se hacia una pausa por medio de la admiracion; pausa muy perjudicial á los versos que seguian. No pudo conformarse con que se pusiese coma en el quinto verso de la octava estrofa, debiendo á su parecer haber dos puntos; y empeñó últimamente una cuestion gramatical sobre cada una de las voces, mientras que los demas caballeros, cansados de poesia, entablaron con las damas pláticas mas amenas. Uno de estos fué D. Mariano Enriquez, que acercó su asiento al de la Sigea.

—¿Habeis paseado esta tarde en el jardín? preguntó la Sigea.

Enriquez dirigió á la escritora una inquieta mirada, y tartamudeó la respuesta:

—Sí.... es decir, no.... Llegué á la fuente.... ¿Por qué me haceis esa pregunta? dijo esforzándose á sonreír.

—Perdonad si soy indiscreta.

—¡Ah, no, jamás sereis indiscreta! pero... ¿habeis ido á la fuente?

—No.

Respiró D. Mariano y quiso mudar de conversacion; pero la Sigea repuso:

—No necesito bajar al jardín para ver la fuente, porque mis ventanas dan sobre ella.

—¿Cómo? exclamó Enriquez sobresaltado otra vez.

—Sí, sobre la fuente donde estaba la estatua....

—Donde estaba.... ¿habeis dicho, luego sabeis?...

—Que ya no está....

—¿Y qué mas sabeis? preguntó con ansiedad el jóven.

—¿Qué mas hay? dijo la escritora con tono de curiosidad.

—Nada.... nada mas.

—Creed que he tomado mucha parte en vuestro dolor.

—¿Mi dolor, señora? explicaos....

—Era una hermosa estatua.

—¡Oh Dios mio, os lo han dicho todo y os burlais de mí!....

—De ninguna manera. Hallo vuestro entusiasmo muy justo; sois un verdadero artista.

LA SEMANA SANTA.

ORIGEN Y SIGNIFICADO DE SUS PRINCIPALES CEREMONIAS.—COMO SE CELEBRAN EN ROMA.

Callaron y el español pareció absorto en sus cavilaciones; al fin dijo:

—Nada mas sabeis.... ¿no es verdad?... habladme ingenuamente.

Luisa hizo un movimiento negativo.

—En esta pequeña corte todo llama la atencion, añadió Enriquez; asi que casi celebro que hayan quitado la estatua.

—¿Si!... ¿llevais á bien esta disposicion de S. A. doña Maria?

—¿Qué! ¿sabeis que ha sido doña Maria?

—Ciertamente.

—¿Luego sabreis el motivo?...

Mientras hablaba dirigia Enriquez á la escritora miradas oblicuas para ver si sorprendia algun gesto; pero el semblante de la Sigea permaneci6 impasible, y D. Mariano acabó de tranquilizarse con estas palabras:

—Señor, creo que la disposicion de S. A. no tenga relacion con vuestras visitas á la fuente. Cualquiera que sea la singularidad de estas visitas, S. A. no manifestaria su desagrado destruyendo la estatua, sino fuese porque le ha dado la idea de colocar su busto en el jardín. Podéis estar tranquilo acerca de vuestro secreto.

—¿Qué secreto, señora?

—El de vuestro entusiasmo por la estatua, contestó la Sigea impacientada por la suspicacia y reserva del jóven.

—¿Ah si!

Todavía siguieron hablando la escritora y Enriquez, pero los gritos de Miranda confundian su conversacion.

—¿Que no hay cacofonia, señor D. Hernando, que no hay cacofonia en mirando-os.... o-os o-os?.... ¿Pues qué llamais á estas dos oo, señor D. Hernando?

—Pero señor D. Francisco, ¿es posible que os llame la atencion la cacofonia, y que no os la llame la oportunidad de los versos?

—Es que no conozco al poeta contra quien se han escrito.

—¿Señor D. Francisco!

—Por mi honor que no le conozco... ¡Ah! prosiguió bajando la voz —ya caigo. ¡Qué diablura! Es un inocente este Montemayor.

Jorge Montemayor no era hombre á quien se le escapaba palabra alguna por muy baja que se pronunciase cuando aludia á su persona, y habiendo adivinado por el eco y por el gesto de Miranda lo que habia dicho, se volvió bruscamente al escritor diciendo:

—Esa sátira no es contra mí, señor D. Francisco, sino contra vos.

—Ciertamente, repuso con la mayor calma D. Hernando de Acuña.

Hinchóse el portugués como la vela de un buque al sople de Levante, y dijo á D. Hernando de Acuña reventando de ira y acudiendo al portugués para espresarse con mas rapidez y sultura su terrible indignacion.

—De me matar fecera mui mellor...; Deus!; Deus!

—Señor D. Francisco, ¿no os dije cuando me leisteis los primeros versos que iba á satirizar la égloga á Nemoroso? os lo dije delante de S. A. que rió mucho de mi oposicion.

—Hum... continuaba el otro—*á esta coita nunca eu vi par!*

—Señor D. Francisco—dijo Montemayor—tomad con mas calma la poesia y no os pongais así.

—¿Uf Deus!!

Enteróse la princesa de aquella cuestion y llamó á Miranda queriendo serenarlo. Pero él exclamó mirándola como un insensato:

—¿Qué farei eu?... Por Deus que mi ó digades...

La presencia de un caballero que en aquel punto entró, hizo callar á todos. Vestia luto desde el cabello hasta la planta. Andaba gravemente y parecia absorto en sus meditaciones. Era tan jóven que todavia en su rostro pálido no se dibujaba mas sombra de bello que la que proyectaban sus cejas. Pero estas eran tan fuertes que daban á los grandes ojos del enlutado una energia maravillosa. Un gesto irónico y amargo entreabria sus labios gruesos y descoloridos. Su trage, su andar, su tristeza esparcian el silencio. Su fisonomia atraia la curiosidad.

¿Quién era aquel hombre casi niño que producía en los ánimos tan repentina sensacion?

Llegóse á la princesa y besó su mano pronunciando en voz muy baja algunas palabras que solo la princesa pudo oír. Despues saludando á las damas con la cabeza y tendiendo la mano á los escritores, dijo con una voz que naturalmente solemne bibraba en aquel instante con un sonido de honda conmocion.

—¡Adios, amigos míos! mañana parto á la India. Acordaos de Luis do Camoens!

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

Solemne conmemeracion de los hechos mas portentosos que las historias relatan, poético resumen de las grandezas de nuestra religion sacrosanta es el imponente y grave ceremonial con que la Iglesia católica reviste sus actos durante la última semana de Cuaresma. Es un fecundo manantial de místicas impresiones para el cristiano devoto y profundamente impuesto en los misterios de su fé, que absorbiendo los sentidos en un recogimiento suave, remonta el alma á la contemplacion intuitiva del mas interesante drama que han producido los siglos. Y si con detencion se examinan esas demostraciones religiosas que, establecidas gradualmente, han venido á formar con el tiempo un cuerpo homogéneo de sagrados ritos, ofrecen aun al curioso, indiferente en materias de fé, un vasto campo de observaciones históricas y tradicionales, que no carecen de atractivo. Muchos son, por otra parte, los que acostumbrados desde su niñez á presenciar esas grandiosas ceremonias, ven solo en ellas una multiplicidad de prácticas convencionales, dispuestas de manera que produzcan una impresion vigorosa, si bien saludable, en el ánimo de los fieles; é indudablemente, tal es en efecto; pero preciso es reconocer que la mas insignificante de aquellas es un monumento histórico de mas ó menos remota antigüedad, y que ninguno de esos ritos debe nada al capricho del hombre, ni su conjunto es una mera pompa sin procedencia ni significado.

El principal objeto de la Iglesia en este periodo es recordar por medio de una representacion visible el patético misterio de la Redencion del género humano, el imponderable sacrificio del Hijo de Dios, y aquellos rasgos culminantes de amor y mansedumbre, de humildad y grandeza en un solo ser enlazadas, que simbolizan el carácter del cristianismo y revelan al hombre su emanacion divina. Las formas estereotipadas de esta conmemoracion poseen un alto grado de belleza y sublimidad, cuya influencia es ejercida en virtud del sentimiento religioso que prevalece en los ánimos, es verdad; pero aun prescindiendo de este sentimiento, deben la energía de su accion á la consonancia exacta en que se encuentran con relacion á los sucesos de que son imperfecta imágen. El grave aparato de consternacion y de luto que, como parte del ceremonial religioso, se despliega en estos dias, no puede menos de convenir á las escenas de dolor que traen á la memoria las del cruento drama de la Redencion; pues mal podria armonizarse con este una frivola apariencia, cuando al consumarse la grande obra todos los seres de la naturaleza dieron muestras sensibles de pavor y de quebranto. Predomina por lo mismo en la Iglesia, y se comunica á los fieles el espíritu de afliccion y melancolia que debe infundir el recuerdo de la pasion y muerte de Cristo; y en este sentido, las ceremonias de que hablamos se hacen comprensibles para todos, pero en su complicacion aparecen algunas que son de pocos entendidas, porque los mas no se han detenido á estudiar su origen, historia, carácter y significado.

A dilucidar estos extremos, en cuanto lo permita la extension de nuestros conocimientos, pero sin detenernos, para no ser ser prolijos, en todas las numerosas minuciosidades del rito, se encaminan nuestros esfuerzos en el presente artículo: y como para dar una idea exacta de las ceremonias y de su origen y objeto, conviene describirlas de paso y estudiar su índole filosófica, hemos creído oportuno referir al mismo tiempo cómo se celebran en Roma; pues resultando así menos árido nuestro trabajo, por la curiosidad que existe en los que no conocen varias de ellas, exclusivamente peculiares de aquel centro de la cristiandad, se facilita la explicacion de las mismas, por ser allí mayores que en otras partes su rigorismo, magnificencia y pureza.

Este periodo religioso, generalmente designado con el nombre de Semana Santa, tiene en la Iglesia latina el de Semana Mayor (*Major hebdomada*) el mismo que antiguamente se le daba entre los griegos, segun testimonio de San Juan Crisóstomo, denominacion que denota su importancia y revela el espíritu transcendental que desde los tiempos primitivos animó á los cristianos al solemnizar los mas memorables hechos de su fé. Nótese la singularidad de que los alemanes, atendiendo sin duda á la idea que predomina en este tiempo santo, le llaman *charwoche*, palabra de dudosa etimología, pero que puede traducirse por Semana de Dolores, de *char karr*, que significa dolor ó pesar; y también algunas veces *marterwoche*, ó sea semana de tormentos. Pero unos y otros nombres concuerdan con los sucesos conmemorados en esta semana, segun la diversidad de sentimientos que deben inspirar al cristiano contemplativo.

En todos los pueblos católicos, pero especialmente en Jerusalem y

en Roma, son altamente poéticas las ceremonias de la Semana Santa, y sobre todo en la segunda de aquellas ciudades no carecen de cierto efecto dramático.—No hablamos de algunos usos introducidos indudablemente por el ascetismo y la devoción, y que en su tiempo serian muy meritorios; pero que, materializando los mas elevados misterios, lejos de sublimarlos con la idealización de su grandeza, los deprimen á los ojos del pueblo, equiparándolos á los mas vulgares prestigios, y que por lo mismo deberían desaparecer á medida que la ilustración adelanta: nos referimos solamente al rito consagrado por la Iglesia.

La ceremonia de la bendición y distribución de palmas, propia del Domingo de Ramos, con que se conmemora la entrada triunfante de Jesus en Jerusalem, no es ni puede ser de las mas antiguas, atendido el acto de publicidad que se quiere; pues sabido es que los cristianos en los tres primeros siglos de la Iglesia sufrieron graves persecuciones, y no podian celebrar sus actos religiosos sino en lugares ocultos y á escondidas de sus feroces perseguidores. Sin embargo, ya desde tiempo inmemorial se acostumbraba en Oriente llevar palmas y ramas de olivo á la iglesia el sábado de San Lázaro, víspera del Domingo de Ramos, y en Constantinopla distribuía el emperador palmas á todos sus cortesanos con grande solemnidad.—Es, pues, muy probable que la institución de esta ceremonia date de la época del imperio de Constantino, en que el cristianismo fué declarado la religion dominante, y aunque no se puede afirmar, es de creer que el triunfo de la fé de Cristo sobre los errores del paganismo suscitase la idea de reproducir la escena de la entrada del Salvador en la ciudad santa, que no deja de ofrecer analogía con aquel suceso.

Aunque, segun Martene, no consta que se celebrasen las ceremonias de este dia en la Iglesia romana con anterioridad á los siglos VIII ó IX, ha sido refutado este aserto por el cardenal Tomasi, Meratus y otros, y es preciso concederles mas antigüedad, pues el calendario romano publicado por el mismo Martene como perteneciente al siglo IV ó V, hace mención de las palmas: además, en los sacramentales de San Gregorio, la oración menciona los ramos de palma que llevaban los fieles en la mano.

Segun aparece de documentos antiguos publicados por Mabillon, la bendición de palmas para la capilla pontifical se efectuaba en una pequeña iglesia situada cerca del campanario del antiguo Vaticano, y por eso llamada Nuestra Señora de la Torre, desde donde salía la procesion que terminaba en el altar mayor de San Pedro. En la actualidad la funcion principal del Domingo de Ramos se celebra en la capilla papal llamada *Sixtina*, y da principio al oficio divino, cantando el *Hosanna filio David*, un coro exactamente igual á los del foro griego en los mejores tiempos de sus representaciones dramáticas.—Coincide con la presuncion arriba emitida sobre el origen del ceremonial de este dia la leccion del Exodo que el diácono lee en seguida, y en la cual Dios, despues que los israelitas hubieron descansado á la sombra de las palmeras de Elim, les promete redención completa del yugo egipcio, siendo esto á la vez una bella alegoría del próximo cumplimiento de las promesas hechas por Dios á su pueblo. Entra de nuevo el coro, como preparando la esposicion de futuros sucesos, y relata la conspiración de los sacerdotes judios contra Jesus y la profecía de Caifás de que un individuo debía morir, para evitar la perdición del pueblo todo; despues de lo cual el diácono manifiesta de lleno el objeto de la festividad, proclamando la entrada triunfante de Jesu-Cristo en Jerusalem, por medio del Evangelio que canta.—El Papa, que oficia en persona, procede á la bendición de las palmas, y distribuidas estas entre los circunstantes, se representa al vivo el triunfo del Salvador en una procesion solemne que se verifica en el vasto y magnifico salon del Vaticano, conocido con el nombre de *Sala Régia*, el cual está situado entre las dos capillas Paulina y Sixtina, llamadas así por los Papas que las erigieron.

El aparato de esta ceremonia es notable por su esplendor y por otras particularidades, que se nos permitirá describir ligeramente. El Sumo Pontífice sentado en unas andas primorosamente labradas y cubiertas con un riquísimo dosel, es paseado en hombros de sacerdotes alrededor de la Sala Régia: le rodean los altos dignatarios de la Iglesia, los cardenales, arzobispos y obispos y el clero superior todos de gran gala; contribuyendo no poco á dar una brillante animación á este acto las palmas que ondulan en las manos de la fastuosa comitiva, el brillo de las cruces, báculos y demas insignias religiosas de preciosos metales hechas, las innumerables hachas encendidas, la magnificencia del salon, y por último la grande orquesta que acompaña al armonioso coro. Dada la vuelta á la Sala Régia, y al llegar la procesion á la puerta de la capilla, la encuentra cerrada, demostrándose así como las puertas del cielo estaban cerradas para el pecador. Un medio coro canta desde dentro los dos primeros versos del himno de Teófilo, del mismo modo que los cantó él en su prision, y el coro lleno responde desde fuera en el mismo tono; hasta que, terminado el himno, el subdiácono golpea la puerta con el asta de la cruz que lleva en la mano, y aquella se abre, denotando así, que por medio del Sagrado Madero, instrumento de

nuestra Redención, se corrieron los cerrojos del cielo: entonces penetra la procesion en la capilla, mientras el coro canta la entrada triunfante de Cristo en la ciudad santa.

La misa difiere poco de la de los demas domingos del año, si se exceptua el canto de la Pasión que sustituye al de los Evangelios, y que se efectua de un modo particular y análogo á la declamación melódica de la tragedia antigua. Ejecútase por tres interlocutores de voces diferentes y un coro, que se distribuyen las partes de este modo: la narrativa es recitada por uno de aquellos en voz de tenor, clara, distinta y ligeramente modulada; otro con voz de bajo llena y solemne canta las palabras del Salvador, enriquecidas con variadas cadencias, ora espresivas, ora graves, y cuya gracia y suavidad se aumentan en las frases interrogativas; y el tercero con voz de contralto y en un estilo de familiaridad coloquial, pronuncia las que corresponden á cualquiera otra persona. El efecto de estos cánticos dialogados es verdaderamente dramático: la música sencilla y adecuada al objeto, si bien cadenciosa y bella, da un sabor fresco y á la par melancólico al conjunto, que arrebatá y absorbe la atención de los sentidos. Pero el complemento de esta recitación dramática es el coro, que hace las veces del pueblo judío ó de cualquier otro número colectivo de individuos cuando á estos les toca hablar en la historia de la Pasión. Estos coros sumamente armoniosos y de una verdad efectiva y enérgica fueron compuestos en 1585 por el español Tomás Luis de Victoria, natural de Avila y contemporáneo del inmortal Palestrina, el mas distinguido maestro de la Iglesia romana, cuyo célebre *Stabat Mater* se canta durante el ofertorio. Lo restante del oficio divino es igual al de los demas dias del año.

Antes de concluir con lo relativo al ceremonial del Domingo de Ramos, creemos oportuno observar dos circunstancias que se notan en el modo de celebrarse en Jerusalem. Es la una la de comenzar estos actos religiosos el sábado anterior por una larga procesion ó visita solemnisima á todos los santos lugares, lo que parece ser una reminiscencia de la primitiva costumbre del Oriente que mas arriba hemos apuntado, al hablar del origen de la bendición y distribución de palmas; pero que hoy no tiene ninguna relación con aquella, sino que es como un ejercicio preparatorio para entrar en esta semana de dolor. La segunda se refiere á la forma local con que se practica el domingo la procesion de palmas. Reunidos todos los religiosos en el convento del Salvador, se encaminan á Bethphage, distante una legua de Jerusalem, á la bajada del monte Olivete por la parte de Oriente atravesando antes el valle de Josafat. Despues de predicar el misterio, el guardian se reviste de roquete y estola y toma una palma, y poniendo los religiosos sus manos sobre una jumentilla, que al efecto tienen preparada, entonan todos los fieles el *Benedictus qui venit*, etc. En seguida sube la comitiva á los montes Olivete y Sion, entrando por la puerta de este nombre, á causa de estar cerrada la de Aurea, por donde Ntro. Señor hizo su entrada: la procesion se dirige al convento, donde es recibido por los religiosos cantando el *Te-Deum*.

Aunque el lunes y el martes tienen sus oficios y devociones privados que no carecen de atractivos ni de interés religioso, en ellos no hay cosa que llame la atención pública, que no seria conmovida hasta el jueves en que aquellos toman un carácter imponente y significativo, á no ser por la práctica introducida de transferir á las vísperas ciertas ceremonias que en su origen primitivo eran celebradas á la primera hora de la madrugada siguiente. Por esto tienen lugar en la tarde del miércoles los rezos conocidos con el nombre de *Tinieblas*, cuya institución es antiquísima.

En los tiempos de persecucion celebrábanse los sagrados ritos durante la noche para mayor seguridad de los fieles. Desde entonces se acostumbra dividir las oraciones que la Iglesia prescribe á sus ministros en diferentes porciones, que toman el nombre de las horas á que aquellas eran recitadas antiguamente. La mayor parte correspondían á la noche, y se dividían en *Maitines* y *Laudes*. Las *Tinieblas* no son otra cosa que la oración de Media noche de aquella edad primitiva, la cual continuó recitándose á dicha hora por muchos siglos, y á la misma se rezan aun en los tiempos modernos los *maitines* ó oración matutina por algunas comunidades religiosas. Variada la práctica de recitar esta parte del oficio divino á media noche, es costumbre hacerlo el miércoles por la tarde en lo correspondiente al jueves, y así sucesivamente en los demas dias.—Compónense estos rezos de varios salmos y lecciones tomadas de la Sagrada Escritura y de los padres antiguos, y se distribuyen en partes que se denominan *nocturnos*.—Viéndose los primeros cristianos obligados á usar velas para sus devociones durante la noche, hubieron de disponerlas del modo que produjesen mejor efecto, y de aquí provino el uso del candelero triangular, en que se colocan cierto número de velas, que se van apagando gradualmente al final de cada salmo, hasta quedar en una mística oscuridad á la conclusion de los oficios. Estas velas suelen ser por lo común trece amarillas y una blanca colocada en la cúspide del candelero, la cual, apagada ya todas las otras, arde sola durante la última parte

el rezo; y supónese, aunque no se puede afirmar, que esto se hace en conmemoración del abandono en que los apóstoles dejaron á Jesús, legado el momento de su pasión. Coincide con esta explicación el ruido que se produce después de terminado el oficio con el canto grave y solemne del *Miserere*, significando la conmoción de la tierra y el trastorno de la naturaleza en el momento de espirar el Redentor del mundo.

Las ceremonias del Jueves Santo son indudablemente las mas poéticas de toda la semana, religiosamente consideradas, como que se encaminan á recordar los actos mas profundos de amor y humildad que puede concebir la inteligencia humana. Con efecto, ¿existe algo mas sublime y consolador que la institución del Sacramento de la Eucaristía? Si la fe nos faltase para considerar como Dios al dispensador de tan afectuosa gracia, ella sola bastaría para que el mas incrédulo inclinara su frente, confundido ante un rasgo de amor, que por sí solo escede á todas las grandezas y prodigalidades de la tierra. Dar su cuerpo y sangre en alimento á los demás, solo es empresa de un Dios: el hombre apegado á las miserias de este mundo, ni aun puede calcular la inmensidad de tan generosa idea.

A celebrar la institución del SMO. Sacramento se dirige el oficio de Jueves Santo por la mañana, y por eso consiste en una misa solemne, que en nada difiere de las de los demás días: por la misma razón la Iglesia ha conservado para su celebración el uso de las vestiduras blancas, contra la práctica de este tiempo de penitencia y de luto; pues aunque desde la segunda mitad del siglo XIII (1262) se halla creada la festividad del *Corpus* con igual objeto, se ha respetado la costumbre antigua, por ser aquella institución la mas culminante muestra de amor hacia el hombre que diera nuestro Divino Salvador, el sello del Nuevo Testamento, y el mas fuerte vínculo entre Dios y la humanidad.—En los tiempos primitivos era diaria la comunión de los fieles, que hoy se limita á los ministros del altar, y que, como es sabido, se extiende á todos en la general del Jueves, que se recibe de un modo especial conmemorativo de la celebración de la Pascua. En Roma esta comunión es administrada por el Papa con gran solemnidad el domingo de Pascua de Resurrección, con otras particularidades que se dirán mas adelante.

Para enlazar de un modo histórico este grande y memorable suceso con los demás que se siguieron en los últimos días del Hombre-Dios, después de la misa es llevada en procesión la Hostia consagrada, depositándola en un altar brillantemente iluminado, que constituye el santo sepulcro, y por esto se le da el nombre de *Monumento*.

En Roma está destinada para este objeto la capilla Paulina, desde la cual procede el Papa á la gran galería situada sobre el pórtico de san Pedro, y desde allí dá su bendición al numeroso concurso reunido en la plaza, frente á la Basílica. Entre tanto, en la nave derecha de la iglesia se hacen los preparativos para el lavatorio de pies, conmemoración de otro rasgo sublime del Salvador, cuando bajándose á lavar los de sus apóstoles, dióles á entender, que debía ir limpio el que quisiese sentarse á su mesa, como tambien, que el mas humilde es el mas grande en su presencia. En todos los países católicos se efectúa este acto con personas pobres, y en algunos, como España, es verificado en Palacio por el soberano, siguiendo probablemente el ejemplo de santa Isabel, reina de Hungría, que lo ejecutó la primera. En Roma lo hace el Papa con trece sacerdotes generalmente pobres y de diferentes naciones, para lo cual se despoja de sus hábitos pontificales, toma una tohalla blanca, y servido por los cardenales, lava los pies de los elegidos y los besa. Después del lavatorio se dá un banquete á los trece pobres, y el papa en persona los sirve á la mesa. Además de Su Santidad, varios personajes de la primera nobleza, cardenales, obispos y príncipes, acuden el miércoles y el jueves por la tarde á practicar actos análogos con los pobres caminantes que llegan al hospital de peregrinos; al mismo tiempo que las señoras de alta clase lo hacen con las pobres de su sexo. ¡Lástima que estas acciones sublimes en su sencillez sean convertidas á veces en ocasiones de ostentación pueril y vana!

Otras prácticas de origen antiguo se conservan en Roma, que por no ser comunes nos toca referir. Es una de ellas la de lavar los altares que según san Isidoro, obispo de Sevilla, que vivía en el siglo VII, se efectuaba en los templos en este día, y que aun se observa en la Iglesia griega y entre los dominicos y carmelitas. Aunque es probable que en otros tiempos fuese común á todas las iglesias, ha quedado hoy limitada casi exclusivamente al Vaticano. Durante las tinieblas del Jueves Santo, cada uno de los canónigos y otros funcionarios de san Pedro recibe una especie de cepillo curioso, hecho de paja de arroz, y y concluido el rezo, el capítulo entero se acerca al altar mayor que, como los demás está despojado de todos sus paños y adornos, y deramando sobre él siete botellas de vino y agua, que al efecto están preparadas, van pasando de seis en seis, y restregándolo bien con los cepillos; después de lo cual lo lavan con esponjas y lo enjugan: es de suponer que esta ceremonia supliese en lo antiguo al lavatorio de pies;

pero la Iglesia, celosa de sus tradiciones, conserva esta como otras varias en el centro de la cristiandad, aun cuando hayan caído en desuso.—Hay otra costumbre originaria de la edad primitiva, que merece particular mención, por no practicarse hoy mas que en Roma, y esto solo en parte. Tal es el sistema de penitencia pública que, según Tertuliano, prevalecía ya en los tiempos de persecución. Consistía este sistema en escluir, por un determinado plazo, de la comunión de los fieles á los que habían violado escandalosamente la ley de Dios, y á los cuales se sujetaba á un curso de rigorosa espiación: la ceremonia por la cual se imponía la penitencia pública, está consignada en el miércoles de Ceniza, pero en una forma tradicional, aunque preservando el uso de las palabras antiguas de fórmula, en el momento de colocar la ceniza sobre la cabeza del penitente, á saber: «Acuérdate, hombre, que eres polvo, y en polvo te has de convertir.» Pero el acto de la reconciliación que, como sabemos por san Gerónimo, á no ser que sobreviniese peligro de muerte, solo se efectuaba durante la Semana Santa, ha sido abolido en todas partes, excepto en Roma, donde el cardenal Penitenciario, colocándose en un tribunal, espresamente destinado á este objeto en las basílicas de san Pedro y santa María la Mayor, recibe la confesión y administra la absolución pública á los penitentes que la solicitan.

(Concluirá.)

FRANCISCO J. DE ORELLANA.

LA MUERTE DE JESUS.

ODA.

La selva turban los airados vientos,
la selva dó el silencio se escondía:
la noche quiere sepultar al día,
la tierra se conmueve en sus asientos.
Sobre el carro del sol la muerte impía
su hiello esgrime, de furor armada:
la luz del sol se mira ya apagada,
de los mares las ondas se embravecen,
los desnudos peñascos se estremecen,
las aves huyen del angosto nido,
y las fieras, con hórrido bramido,
al escuchar su temeroso canto,
corren tambien, seguidas del espanto.
El rayo con horrisono estampido
enciende en presta llama el horizonte:
retumba al ronco estruendo el árduo monte
y las erguidas sierras mas distantes;
y mientras que en los ecos resonantes
desciende el son tremendo hasta el profundo,
muere en la cruz el Salvador del mundo.

Del color de la sangre de sus venas
la luz de la verdad brilla en el cielo:
al fin se rasga del engaño el velo,
calla asombrado el pórtico de Atenas.
Quebrantan su prision de piedra y hielo
las estatuas que adora el paganismo,
é invocan á las furias del abismo
contra Dios proclamando horrible guerra.
Absorta mira con pavor la tierra
apagarse en las aras los fulgores,
marchitas en los ídolos las flores,
y asombrar del diluvio la paloma
á Apolo en Delfos y al Tonante en Roma.
De la muerte á los héroes vencedores,
los Leónidas, Sócrates y Brutos,
cuyas vidas rindieron por tributos
en bien y libertad de sus hermanos,
el rostro cubren con sangrientas manos,
viendo que á oscurecer llega sus nombres
el mismo Dios que muere por los hombres.

Del cielo baja un serafín alado,
por el dolor marchita su hermosura,
rasgada en partes mil su vestidura,
por el negro huracán arrebatado.

del relámpago viste la luz pura,
mientras la oscuridad el mundo oprime:
llega al Calvario donde Cristo gime,
cercado de aflicción, iras y afrenta:
la sangre suya recoger intenta
con la túnica blanca, hecha pedazos:
cine los pies de Cristo con sus brazos;
y quien himnos cantaba de alegría,
llorando está de Dios en la agonía.
Suelta al hombre que angustia en viles lazos
la serpiente enroscada y escamosa:
corre por el Calvario presurosa,
á Cristo busca y la cerviz levanta;
mas veloz atraviesa su garganta
el triste serafín, con dardo estrecho
que de la Virgen Madre halló en el pecho.

De la sierpe infernal se oye el silbido,
su cerviz en la tierra está clavada:
en el dardo se enrosca acongojada,
porque el dolor sus miembros ha corrido.
Del hierro agudo al fin desenlazada,
se aleja del Calvario ya sangriento,
y al abismo desciende sin aliento,
derramando á la luz de sus enojos
rabiosa espuma de los labios rojos.
Celeste querubín, de acero armado,
con peto y espaldrac acicalado,
y en la diestra una espada refulgente
que al rayo iguala en lo sutil y ardiente,

con Dios baja al averno amedrentado.
Las puertas rompe de tenaz diamante,
estorbos vence con valor constante;
y al fin las vivas llamas separando,
á Jacob y á Moisés vuela buscando.
Los santos padres vieron al Mesías:
cumpliéronse de Dios las profecías.

Sobre nubes de púrpura y de oro
en el cielo la cruz roja aparece:
de los santos cercada resplandece,
la adora de los ángeles el coro.
El viento por las selvas enmudece:
el sosegado mar la cruz retrata
en tersas olas de luciente plata:
guarda la nube en su preñado seno
el estampido del fogoso trueno.
Las aves en el aura van ligeras,
al bosque tórnan las sañudas fieras:
desde el centro del mar ven los delirios
en el cielo á los raudos querubines
de Cristo tremolando las banderas.
Y en tanto en medio del Calvario inerte
el horror y las sombras de la muerte
huyen ante la cruz de Dios sangrienta:
porque en sus brazos orgullosa ostenta
para confuso asombro del culpado,
rotas ya las cadenas del pecado.

ADOLFO DE CASTRO.



Iglesia de S. Salvador en Dinan.